

Henrique Garcés, múltiple hombre del Renacimiento

Estuardo Núñez

Los primeros decenios de la colonización española se desarrollaron en un ambiente de tensión y violencia. A la etapa de sometimiento de los naturales del país, que entre sí estaban divididos, dentro del orden político del Imperio de los Incas, siguió la lucha entre los propios conquistadores. El dominio político y empresarial desató la pugna entre pizarristas y almagristas. Un vasto y rico territorio era una presa muy codiciada. Entre tanto, el país marchaba sin rumbos no obstante la actuación de pacificadores y virreyes ineptos o corruptos o complacientes. Al cabo de más de 30 años de la llegada de las huestes conquistadoras, había arribado al Perú el quinto virrey, don Francisco de Toledo (gobernante entre 1569 y 1581), gran organizador, legislador y administrador, que hizo extensos recorridos por gran parte del territorio peruano. Era su intención conseguir el desarrollo de su capacidad productora, que para España interesaba sobre todo en el aspecto de la minería.

Gracias a la inteligente gestión de Toledo, llegaba la etapa de la pacificación de la colonia peruana. Para lograr ese objetivo vinieron de España funcionarios y encargados de restablecer el orden y desterrar la violencia. Con ellos llegaron al Perú otros peninsulares durante los regímenes de los virreyes subsiguientes, séquitos de familiares y allegados, curas de diversas órdenes y expertos en diversas profesiones, nobles o hidalgos y militares, también algunos poetas aventureros y letrados ansiosos de probar fortuna. Entre estas oleadas de inmigrantes atraídos por la fama y la riqueza debió estar un joven de unos veinticinco años de edad, de buen linaje, llamado Henrique Garcés, portugués de Oporto, nacido alrededor de 1525. En la Península debió haber seguido estudios de humanidades y de alguna especialidad práctica en minería, probablemente en Almadén del Azogue, cerca de Ciudad Real (España), donde se hallaban las minas más ricas en mercurio,

metal apreciado para la producción por amalgamación de otros metales, como la plata.

Decidido a jugar su destino, Garcés embarcóse en Sevilla, ciudad tan distinta, dada su actividad naviera, de su nativa Oporto, abarrotada de cargas destinadas a Indias, y llena de pretendientes a viajar en pos de riqueza y de gloria. Abordó una nave amplia aunque desagradable por la cantidad de viajeros que, con excepciones, se acomodaban como podían con sus pesadas pertenencias, pues para el viaje de varios meses debían estar prevenidos y premunidos de víveres y ropajes diversos, incluidos menajes de cocina y de mesa, ya que cada pasajero debía atender por su cuenta y riesgo sus necesidades. No era un viaje de placer sino de privaciones e incomodidades, en medio de una aglomeración de gentes de toda condición en reducido espacio, ocupado por bultos y petacas y animales vivos que servirían de alimento para esta larga travesía. Entre esa multitud de gente de distinta procedencia y jaez, pudo hallar algún indiano que regresaba a tierra americana después de su primer viaje, deseoso de reiniciar gestiones para lograr mejores situaciones de inmediata prosperidad. Observaba muy exiguo el pasaje femenino y abundante el personal religioso de todas las órdenes conocidas. Se hablaba de América como tierra de promisión y se exageraba la fama del paraíso que algunas crónicas primitivas habían pintado. Pero sin duda quedaba por explotar una ingente riqueza minera y esto interesaba, entre otros aspectos, la mente ambiciosa de un joven emprendedor y optimista. Pocas muestras de interés ofrecían los compañeros de viaje acerca de asuntos culturales excepto las referencias bíblicas de los religiosos viajeros que eran numerosos y entre ellos, algunos extranjeros del resto de Europa, con quienes pudo alternar Garcés gracias a sus conocimientos idiomáticos y humanísticos.

Al cabo de más de tres meses de navegación se avistaron las islas caribeñas y finalmente desembarcó en la llamada Tierra Firme, o sea el continente mismo. Era el obligado puerto de Cartagena. Lo atrajo su agradable clima pero no su aspecto, la confusión reinante con gente que iba o venía de un mundo a otro y el tráfico de su consistente comercio. Garcés llevaba consigo un alijo de libros y lo incrementó con otros objetos que pensaba comercializar en su lugar de permanencia en el Nuevo Mundo. Atravesó el temido istmo y pasó a Panamá para alcanzar un nuevo barco de peores condiciones que el anterior, de fraccionado navegar, con escalas que le hicieron conocer Guayaquil, Paita y tal vez alguna caleta

más para eludir el mal tiempo, antes de desembarcar en el Callao de Lima.

Encontró a la capital del virreinato en plan de convertirse en ciudad más atractiva. Todavía faltaba terminar de construirse edificios públicos que requerían el buen gobierno y el rango respectivo: en la plaza principal, donde no existían aún los portales, la catedral estaba levantada a medias y la mayoría de las casas aún no lucían los típicos balcones, que después las tipificarían, en razón de que las segundas plantas no eran frecuentes. La limpieza de la ciudad dejaba mucho que desear, así como la suciedad de las calles, enfiladas y cruzadas por acequias descubiertas y malolientes, que servían de únicos desagües. Poblado su ambiente de gallinazos, observó que éstos se disputaban los desechos, bajo consiguiente plétora de moscas, mosquitos y zancudos, según la clasificación ingeniosa hecha al pasar por el joven cuzqueño Gómez Suárez de Figueroa, que allí residió en el verano de 1560. Alrededor de esta fecha, se notaba la inquietud por el adelanto de la ciudad. El comercio y la pequeña industria crecían aceleradamente gracias a la pacificación del país y se advertía el incremento de la población. Garcés encontró, sin duda, circunstancias favorables para establecer un negocio de librería y papelería de importación, pues la vida de la población culta ya lo exigía.

Al poco tiempo de su llegada contrajo matrimonio (1557), del cual nacieron sus hijos: Ana (que al cabo de los años tomó hábitos religiosos), Diego Garcés de Andrade (después militar en Chile), Juan Garcés (clérigo) y Bartolomé Garcés de la Serna. Aunque el negocio de librería no iba mal, las ambiciones de Garcés se volcaron simultáneamente con el concurso de García Gómez, hermano suyo a quien trajo de España¹ a la explotación minera, y para ello se estableció por algún tiempo en Huamanga, después de haber hecho un viaje a México en 1558. Garcés parece haber estado en contacto con el virrey Francisco de Toledo, quien lo nombró como asesor para estudiar la forma de incrementar la producción de la plata. Fue ése el objeto de su viaje a México, conocer en algunos centros mineros el tratamiento de la amalgamación, obtener la separación de la plata pura de las gangas. Ese azogue era traído de España a muy alto precio y largo viaje. Se lograría así eliminar la fundición en caliente y producir en frío con el empleo del azogue. La inquietud

1 Guillermo Lohmann Villena, «Henrique Garcés, arbitrista y poeta» en *Documenta*, N° 1, Lima, 1946, p. 73

de Garcés era lograr el hallazgo de yacimientos de mercurio en el Perú, con los que se pudiera atender en suficiente cantidad, tanto a la producción peruana como a la mexicana. Y de regreso en el Perú, amplió su propósito con el descubrimiento de nuevas minas de mercurio. Tal hazaña parece haber hecho decidir al virrey de nombrarlo funcionario de la Caja Real de Huamanga y confiarle el cargo de recaudador de arbitrios.

A ese hazañoso resultado lo había conducido la observación del polvo de bermellón, utilizado por los indios para caracterizarse y pintarse la cara y el cuerpo en ocasión de fiestas populares. La observación del tal uso, paciente y laboriosa, que siguió Garcés hasta alcanzar hallazgo de los ricos yacimientos de Paras y luego los más productivos, abundantes y famosos de la fuente primaria de Huancavelica, cuya producción sobrepasó todo cálculo, llegó a satisfacer las necesidades de las explotaciones del cerro de Potosí, con impresionantes índices de producción.

En esas búsquedas afanosas, halló Garcés varios yacimientos minerales de plata y oro, tanto en las zonas mencionadas como también en la región de Huánuco. La feliz culminación de su hallazgo del mercurio en Huancavelica como resultado de sus experimentos y desvelos, fue más tarde reconocida por el sabio explorador Alejandro de Humboldt², quien une el nombre de Garcés en el Perú con el de Bartolomé de Medina en México, ambos, protagonistas de la valiosa aplicación y uso de la amalgamación de la plata con el mercurio.

Los trabajos mineros de Garcés, sufrieron menoscabo por diversas causas a partir de la década de 1580. Su capacidad de trabajo había disminuido después de rudos trabajos en la zona andina alta, a más de 4 000 metros sobre el nivel del mar. Además, su protector, el virrey Toledo, había terminado su largo mandato y se alejó del país en 1581, por consiguiente, este apoyo desapareció. Como su salud se había deteriorado, debió aceptar la sugerencia de que cambiara su régimen de vida, por lo que Garcés redujo sus actividades mineras y volvió a sus labores de librero y proveedor de útiles afines, en Lima, al mismo tiempo que intensificaba su actividad de promotor del desarrollo cultural.

2 Referencia registrada por Alexander von Humboldt en su *Ensayo político sobre el Reyno de la Nueva España*, México, Ediciones Porrúa, 1961, p. 373.

Desde entonces estrecha sus vínculos con gentes del país dedicadas al culto de la selecta literatura, incrementadas en número con los egresados de las aulas de la Pontificia Universidad de San Marcos, y estimuladas con la actividad de la imprenta que empezaba a funcionar dentro de las aulas del convento de los jesuitas, protectores de Antonio Ricardo en sus difíciles comienzos de impresor. Es significativo el dato hallado por Lohmann³, de que Garcés había vendido un importante número de resmas de papel a Antonio Ricardo, lo que acrecentaría entonces sus impresiones. Entre tanto, la ciudad había ganado en extensión a la vez que en rango. Empezaban a construirse segundas plantas de edificación y, con ellas, se lucían las típicas balconerías. La ciudad iba ganando en esplendor, en edificios de mampostería atractiva y patios ornamentados con especial y vistosa jardinería. Se concluían los grandes templos y empezaba a levantarse el de San Pedro y San Pablo de los jesuitas, que rivalizaba con la Catedral y los de San Francisco y Santo Domingo.

El Estudio de la Compañía de Jesús había traído un impulso moderno para la investigación científica, a la cual aquella orden deba especial dedicación compartiéndola con la tarea evangelizadora y la obra exploradora de los misioneros amazónicos. No estaba lejos el descubrimiento de la quinina como febrífugo, y el especial establecimiento de un laboratorio farmacológico que funcionaba en Lima con el nombre de «botica» o *apotheca*, en el ala derecha del convento de los jesuitas.

Coincidía espiritualmente Garcés con el criterio de conceder un nuevo sentido a la educación, orientando la enseñanza de las materias científicas, por él realizada en la rama metalúrgica. Por eso debió servir a las tareas pedagógicas de los colegios jesuitas de San Pablo, San Felipe y San Martín y para ellos empezaba a trabajar Antonio Ricardo, atendiendo a la impresión de folios, sueltos primero, mientras se levantaba la prohibición de publicar libros de índole profana, lo cual sólo se permitió desde 1596 con la obra *El Arauco domado* de Pedro de Oña, a la cual siguió, ya entrado el siglo XVII, *La Miscelánea Austral* de Diego Dávalos y Figueroa, en 1602⁴.

Pero en este progreso y desenvolvimiento de la imprenta ya no

3 Lohmann Villena, Guillermo. «Henrique Garcés...» en *Documenta*, N° 1, p. 94.

pudo contribuir Garcés, sexagenario y fatigado por tanta labor. Ansiaba el merecido reconocimiento de sus importantes servicios prestados a la Corona y el goce de una pensión de gracia. Sus gestiones ante el virreinato fueron derivadas a la lenta burocracia de la Península y por ello Garcés decidió, después de liquidar sus negocios, en Lima, emprender el viaje a España, a fin de orientar personalmente sus peticiones. Partió del Perú en 1589, y con sus modestos ahorros publicó en Madrid sus tres libros en 1591, y finalmente cuatro años más tarde pudo alcanzar su ansiada pensión y vivió con holgura sus últimos años.

El promotor literario

Henrique Garcés desarrolló su negocio de librería con el de proveedor de papeles, tintas y otros materiales de imprenta. Pero aún no había autorización real para imprimir libros de imaginación o poesía, como puede deducirse por la índole de los primeros títulos de textos salidos del taller de Antonio Ricardo hasta fines del siglo. Ésta es la razón por la cual Garcés decidió imprimir sus libros en España, pero como librero entra en relación con los poetas del país, a quienes proveía de textos literarios. En este grupo se insertó él mismo, gracias a su iniciativa, vocación y simpatía.

Ya desde mediados del XVI, Garcés como experto librero encargaba libros selectos y entre ellos textos seleccionados de las ediciones españolas en materia literaria y de cultura general y religión. Pero, a pesar de sus actividades tan variadas de minero, metalúrgico, recaudador de arbitrios, vendedor de libros y papelería, Henrique Garcés fue poeta, traductor de prestancia y animador literario, y a esto último debe su nombradía y celebridad intelectual. Garcés, viviendo en el Perú a comienzos de la colonización hispánica y apenas afirmada la conquista española, llegó a ser consejero del virrey Toledo en materia mineral. Pero su mérito esencial reside en haber animado la naciente actividad intelectual del reino peruano y orientado el gusto de los nuevos escritores. Así difundió en Lima desde 1570, con sus versiones directas del toscano, la obra poética completa de Francesco Petrarca; con sus

4 Luis Monguió, *Sobre un escritor elogiado por Cervantes: Los versos del perulero Henrique Garcés y sus amigos*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1960.

versiones del portugués, las estrofas del gran poema *Los Lusíadas* de Luis de Camoens; y con sus versiones del latín, el tratado de Francesco Patrizzi, erudito sienés del mismo siglo, sobre la educación de los príncipes y su trato con los súbditos, a más de difundir un conjunto de poetas menores italianos que escribían en latín como Stramazzo de Perugia, Juan de Bondi (o Dondi), Jacobo Colonna y Paulo Pansa, Geri y algunos clásicos romanos como Ovidio y Virgilio.

Gran sorpresa y justificada satisfacción provocó sin duda dentro del grupo de los poetas y versificadores peruanos convocados por Garcés, a mediados de 1585, que un escritor peninsular, cuando aún no había publicado el *Quijote* pero era considerado como eximio creador en lengua castellana, dedicara a los más destacados poetas del Perú de entonces laudatorias estrofas, dirigidas a ellos por el afecto a esta tierra del Perú, la que había deseado conocer y gestionado sin buen éxito el permiso real requerido para viajar. Era nada menos que el ya consagrado Miguel de Cervantes Saavedra quien daba cuenta en su *Canto de Calíope*, en amistosas estrofas, la existencia en ultramar, en el Perú del oro y la plata, de la vibración poética de un grupo importante de cultivadores de la poesía. Entre ellos, destacaba la figura literaria de Henrique Garcés en una inspirada laudatoria:

*De un Henrique Garcés, que al piruano Reyno
enriquece, pues con dulce rima,
con sutil, ingeniosa y fácil mano
a la más ardua empresa en él dio cima,
pues en dulce español al gran toscano
nuevo lenguaje ha dado y nueva estima.
¿Quién será tal que la mayor le quite
aunque el mismo Petrarca resucite?*⁶.

Garcés hubo de ser conocido por Cervantes sólo a través de folios manuscritos que le remitían los peruleros, pues lo elogió al lado de otros poetas coetáneos del Perú. Las ediciones de la obra de Garcés de 1591 fueron posteriores a la fecha de la edición de *La Galatea* (1585). Bastó a Cervantes informarse por manuscritos o pliegos sueltos que circulaban en Lima y otras ciudades peruanas, de poesías propias y de estimables versiones de Petrarca, que circulaban por lo menos unas dos décadas antes. También llegaron hasta España las noticias de otros rimadores peruleros, amigos y afines a los gustos renacentistas, que compartían comunes

aficiones literarias y el gusto italianizante de cultivar sonetos y canciones.

A los elogios de Cervantes se sumó en su hora, una nota más aguda y original de Pedro Sarmiento de Gamboa, residente en Lima, reconocido como notable navegante, erudito, cosmógrafo, explorador y sabio en artes, letras y ciencias. Al revelar las cualidades de Garcés apunta:

*Diose Petrarca a sí, sólo al latino
en Tusca lengua, éste (Garcés) en castellano
le dio de Europa, al de Asia, al africano
y al indio...
Tanto más dio Garcés que dio Petrarca,
que el tal a sola Italia se reparte
el nuestro al uno y al otro hemisferio
y así su verde laurel el orbe abarca⁶.*

De Garcés como autor original tenemos así huella en los sonetos y poemas que anteceden o suceden a sus traducciones de Petrarca y de Camoens. Entre ellos están, en la edición de su traducción de Petrarca, tres sonetos a Felipe II, varios dedicados a Sancho de Rivera y el licenciado Villarroel, nueve octavas reales «Del traductor a su trabajo», una «Canción al Perú», a imitación de la petrarquina «Italia mía, ben che'l parlar sia indarno», compuesta en 1572, y en la edición de Camoens, dos sonetos más a Felipe II, uno de respuesta a Diego de Aguilar y un «soneto del traductor» al final de la obra. Todo ello sería escaso para juzgar la capacidad poética y la originalidad de Garcés, pues en conjunto la obra propia de este autor no es desdeñable e indica que tuvo un relativo buen éxito en su momento.

El traductor, animador y poeta

De su actividad personal en el ámbito intelectual se sabe poco, pero puede medirse la magnitud de su esfuerzo si se examinan

5 Miguel de Cervantes Saavedra, *La Galatea*, que inserta en el texto «El Canto de Calíope», Madrid, 1585, y múltiples citas posteriores.

6 Pedro Sarmiento de Gamboa, en poemas preliminares a la edición de la traducción de Petrarca por Garcés.

con detenimiento sus publicaciones, o sea los tres volúmenes de traducciones aparecidos en Madrid, en 1591⁷. El primero de ellos está dedicado a Petrarca e incluye la versión de 314 sonetos y 49 canciones en sextinas. En uno de los sonetos del propio Garcés, dedicado a Felipe II e incluido en este volumen, afirmaba que había tenido su trabajo detenido «algunos años más que Horacio manda», lo que demuestra que las versiones estuvieron íntegramente trabajadas en el Perú o por lo menos en tierra americana, ya que Garcés viajó cuando menos a Guayaquil, por dos años, y a Nueva España por lapso similar.

Entre 1570 y 1589, Henrique Garcés había trabajado en Lima la versión completa de *Los sonetos y las canciones* de Francesco Petrarca (1304-1374), aquellas composiciones que le dieron gloria e influjo sobre la posteridad y que el lírico aretino menospreciaba, según se ha dicho, en tanto se jactaba de su erudición y de su célebre libro *Canzoniere*, tan representativo de su poesía en lengua toscana, símbolo de la alta lírica de todos los tiempos, y cabal expresión de su platónico amor por Laura. Es Garcés, sin duda alguna, el primer traductor de Petrarca en América.

Tal vez lo más significativo de Garcés está en su obra de traductor, animador y promotor de la cultura peruana y americana desde por lo menos dos décadas antes de la fundación de la Academia Antártica (1608). Sin embargo, tanto José Toribio Medina como Menéndez y Pelayo⁸ pusieron reparos excesivos a los méritos de las versiones petrarquianas de Garcés. Menéndez y Pelayo, tal vez con criterio demasiado preceptista, habla de «sus versos incorrectos, desabridos, mal acentuados muchas veces, llenos de italianismos y lusitanismos, como quien calca servilmente en vez de traducir de un modo literario y no se hace cargo de las diferen-

7 Las ediciones de Garcés fueron las siguientes:
Los Sonetos / y Canciones del poeta / Francisco Petrarcha, que traducía Henrique/ Garcés de lengua thoscana / en castellana. En Madrid / impreso en casa de Drouy / impresor de / libros. Año de 1591.
Francisco Patricio - De Reyno y de / la institución del que/ ha de reinar, y de como debe hacerse con los súbditos / y ellos con él.- Traduzido por Henrique Garcés del / Latín en Castellano. / En Madrid, por Luis Sánchez / 1591.
Los Lusíadas / de Luis de Camoens / Traduzidos del Portugués al Castellano por Henrique Garcés. / En Madrid, impreso con licencia en casa de Guillermo Drouy, impresor de libros./ Año de 1591.

cias de las lenguas». Pero la crítica más reciente, sin pecar de benigna, ha señalado sus aciertos y ha reivindicado la fama de este escritor tan bien dotado. Luis Alberto Sánchez se refiere a sus versos «elegantes y sonoros», y más digno de aprecio y elogio resulta su aporte si se considera la circunstancia de escribir en un idioma que no era el suyo⁹. Parecidos conceptos contienen las críticas esclarecedoras del alto valor y significación de Garcés, que se han publicado en los últimos tiempos y que son debidas a Luis Fabio Xammar, Guillermo Lohmann Villena, Augusto Tamayo Vargas, Alberto Tauro, Luis Monguió, Luis Jaime Cisneros y el autor de estas líneas.

En cuanto el caso de la traducción de Luis de Camoens, la crítica ha sido más parca, aunque menos reticente. Se debe esa parquedad a la circunstancia de no haberse consultado directamente el texto por la mayoría de los críticos, quienes sólo se han pronunciado sobre él por referencias. Los ejemplares existentes son raros y se han identificado algunos: en Madrid, consultado por Lohmann Villena, otros en los Estados Unidos (Berkeley, California, Nueva York y Baltimore) y otro más hallado en el Perú, por Estuardo Núñez, en la biblioteca de la Universidad del Cuzco. Sin conocer el libro, Medina sostuvo no obstante, que «de mucho más alto vuelo era la versión de Camoens», y Sánchez agrega que «es de suponer que la traducción de Camoens superaría a ésta de Petrarca». Estos vaticinios se han confirmado con el hallazgo y estudio que se ha podido efectuar a base del ejemplar del Cuzco¹⁰. No cabe ya vacilación en afirmar que la versión de Camoens fue la obra cumbre de Garcés, ya que traducía a su compatriota con pleno dominio de la lengua materna superando a las anteriores versiones, y en pleno conocimiento de la lengua española.

No obstante en el caso de Petrarca y también de Camoens, el juicio adverso sobre sus capacidades de traductor de los contemporáneos de Henrique Garcés, tales como Diego Dávalos y Figueroa y su compatriota Manuel de Faria y Sousa, que lo acusaron de falta de acierto en expresar la elegancia del poema y de tomarse la liberalidad de introducir modificaciones sensibles en el texto mismo, suprimiendo pasajes y agregando pensamientos propios, debemos tomar esos reparos con reserva, pues se inficionan de criterios

8 Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1913, p. 270-272.

9 Luis Alberto Sánchez, *Los poetas de la colonia*, Lima, 1921.

formalistas y de rigidez preceptista en desacuerdo con el libre aliento renacentista. La traducción literal estaba ya superada en ese momento y se afirmaba el criterio —entre los grandes creadores de versiones, como fray Luis de León—, de que debía mantenerse al traducir, fidelidad de la idea pero libertad en la forma; de tal modo, la opinión adversa mencionada era ya en ese momento anacrónica y retrógrada. La traducción del gran poema de Camoens por Garcés tuvo aliento universal y ha desafiado al tiempo. Se encuentra hoy tan vigente como la versión suya de Petrarca. Lohmann Villena, en nuestros días, ha tildado de exagerada aquella crítica negativa. Y agrega: «que la versión de Garcés no es hoy pura arqueología literaria, sino que hay en ella algunas perlas que sólo necesitan de la mano amorosa que las rescate de la ganga sin valor estético»¹¹.

En una edición bilingüe y crítica de Francesco Petrarca titulada *Italia mía y otras poesías*, del Instituto de Estudios Latinos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, Talleres Gráficos Padilla, 1945) se han seleccionado 11 versiones petrarquianas por Garcés de las 16 que figuran en la publicación. Allí alterna su nombre con otros insignes traductores castellanos de Petrarca como Juan Boscán, Garcilaso de la Vega, Francisco de Quevedo, Bernardo de Balbuena y Alberto Lista. Habría que agregar además la edición de esas versiones de Garcés en: *Francisco Petrarca, Rimas* (Colección Crisol, Madrid, Aguilar S.A., 1957). Estas ediciones modernas, que al cabo de siglos demuestran la vigencia de la obra difusora de Henrique Garcés, constituyen un homenaje de la crítica contemporánea más calificada y un testimonio irrecusable del reconocimiento de los altos valores estéticos e interpretativos que transparentan, pese al tiempo transcurrido, sus excelentes, cuidadas y amorosas versiones de los grandes clásicos. Petrarca y Camoens fueron conocidos en el mundo hispánico y en el ámbito americano, gracias a su tarea. Su empeño no ha sido superado ni en la vastedad de su vigencia, ni en el señorío y ponderación de la empresa. Al lado de ello tampoco no

10 Estuardo Núñez. *Las letras de Italia en el Perú*, Lima, UNMSM, 1968, cap. II («Petrarca en el Perú»), p. 18, *passim*. «El primer traductor de Petrarca y Camoens en América», en *Cuadernos americanos*, México, año X, N° 1, enero-febrero de 1951; «Proceso y teoría de la traducción literaria», en *Cuadernos americanos*; México, año XI, N° 2, marzo-abril de 1952.

desmerece su propia obra original.

Del célebre poema de Petrarca «Italia mía», hizo Garcés no sólo la ya citada inspirada versión, que es tal vez la más lograda en lengua castellana, sino además una paráfrasis libre titulada «Canción al Perú», que constituye la más precoz expresión de amor a la tierra americana hecha por un peninsular, en la segunda mitad del siglo XVI, y ha sido recogida como tal en la *Antología general de la poesía peruana* de Alejandro Romualdo y Augusto Salazar Bondy (Lima, Librería Internacional del Perú, 1957). En este poema se usan los versos de Petrarca al comienzo y al fin de cada estrofa, pero en el centro de las mismas se desenvuelven pensamientos originales y un autónomo despliegue de imágenes propias y de alta inspiración poética. Parece como que el verso de Petrarca hubiera sido pie forzado de donde toma el impulso de su propia inspiración: por ello merece Garcés el reconocimiento de su nombre al cabo de los siglos. La crítica contemporánea limpia el polvo del olvido y lo enaltece con los atributos de egregio traductor, animador y promotor de la vida intelectual en los primeros tiempos de la colonización hispánica de América y de notable poeta de vuelo original. En las imágenes de su poesía alienta la cultura itálica al lado de la fina percepción de las esencias telúricas de nuestra América.

No cabe duda que, después del poeta toledano Garcilaso, el más conspicuo creador literario que «abrió el sendero para acercarse al hontanar de la poesía italiana», como dice Lohmann, fue Henrique Garcés. Sus traslados de *Los sonetos y las canciones* de Petrarca debieron tener una resonancia extraordinaria en una época en que era escaso el tránsito de libros, pues, aunque la edición de las producciones de Garcés sólo se hizo en Madrid en 1591, debieron sus ejemplares llegar al Perú algo después de esa fecha y no con profusión. Es evidente también que dichas versiones se elaboraron en el Perú, entre Huancavelica, Huamanga, Potosí y Lima, en los ocios que le permitía la actividad de minero que Garcés desarrolló en el Alto y Bajo Perú. Resulta así fundada la afirmación de Lohmann de que Garcés «acercó (desde 1570) a todos los poetas limeños de entonces a la pura linfa petrarquista»¹², y cuando dice limeños podría haber dicho «peruanos», pues sin duda en

11 Lohmann Villena, Guillermo. «Henrique Garcés...», en *Documenta*, N° 1.

Huamanga o en Huánuco u otros lugares andinos prosperaron algunos círculos literarios, como echa de verse en el caso ilustrativo de «Amarilis», seudónimo que esconde un(a) poeta vecindado(a) en la última ciudad citada y también muy versado(a) en letras italianas. Podría agregarse el caso de Diego de Hojeda y Pedro de Oña, dentro de la misma órbita.

Si en verdad las versiones de Garcés no fueron obras extraordinarias ni ejemplo de genial inspiración, no es menos cierto que llenaron en su momento una misión discreta y fructuosa de difusión del genio petrarquesco. No podía pedírsele una obra acabada a un hombre que tomaba la actividad literaria como pasatiempo elegante, entre afanes de minero o comerciante librero, ni tampoco a quien tenía como materno idioma el portugués, y que traducía, por tanto, entre lenguas extrañas a la suya. Si consideramos esas circunstancias, debemos concluir que no pudo haberse dado mejor floración con esas limitaciones ni tampoco podemos pensar, sin empañar la realidad, que su autor careciera de buenas cualidades artísticas, que las mostró muy cabales en su versión directa del portugués al castellano de *Los Lusíadas* de Camoens, superior empeño sin duda a la traducción de Petrarca.

Las versiones de Garcés debieron tener acogida en el Perú, como hemos apuntado, antes de su publicación, o sea entre 1570 y 1590, y se difunden más si se quiere, después de la impresión del libro. Es coincidente su aparición con el auge de la Academia Antártica que cabalga, podría decirse, entre dos siglos, o sea entre los años 1580 y 1620, la cual —como afirma Alberto Tauro— «prepara y comprueba la transculturación europeo-americana»¹³. Por esa misma época Miguel Cabello Balboa terminaba su *Miscelánea Antártica* (1586) y Diego de Dávalos y Figueroa su variada, densa y brillante *Miscelánea Austral* (1602); por su parte, Diego Mexía daba a la estampa la primera parte de su *Parnaso Antártico* (1608) y Juan de Miramontes y Zuázola pulía el poema en que exaltó y dio eternidad a las *Armas Antárticas* (1615).

Los poetas de la futura Academia Antártica, estimulados por Garcés, dieron muestras patentes en todo momento de su predilección insistente y sentida por las letras itálicas y con más o menos fortuna imitaban y glosaban constantemente a los autores de ese origen, tomando actitudes parejas, como aquella de mostrar

12 Loc. cit.

su sincera afición por los autores antiguos –actitud renacentista–, incluyendo a latinos, griegos y bíblicos, y aproximándose a su tónica y espíritu.

Debe así entenderse que la actitud por lo itálico era entonces general y prosperaba por doquier. Dominaba la inquietud humanística imperante en el Viejo Mundo. Además de Petrarca, Garcés tradujo a la prosa latina y publicó el mismo año que sus restantes versiones, el libro del coetáneo erudito, jurista y filósofo sienés Francesco Patrizzi (1529-1597) titulado *Del reino y de la institución del que a de reinar y de cómo debe averse con los súbditos y ellos a él*, tratado sobre el arte de educar al monarca. En el volumen dedicado a Petrarca, aparecen agregadas versiones de varios poemas de Stramazzo de Perugia, Juan de Dondi, Geri de Arezzo y Jacobo Colonna, pero la lengua traducida no es el toscano sino el latín, y los autores vertidos lo son de poca importancia, limitada nombradía y relativo valor literario. Además, dentro del texto de su versión en prosa de Patrizzi, incluyó traducciones de poemas latinos de Ovidio y de Virgilio.

Henrique Garcés fue, desde América, el primero en el tiempo y el primero en el rango, quien acometió empresa tan delicada y laboriosa, en humanística entrega, a sólo medio siglo del asentamiento de la cultura occidental en América. Aunque nacido en el Viejo Mundo y aunque a él volvió en la ancianidad, sobre todo para atender la publicación de su obra perdurable, su vida transcurrió en este continente americano, a él entregó sus mejores años de rudos trabajos mineros alternados con los afanes de humanista insigne, y aquí en América desarrolló su tarea de traductor y difundió en manuscritos buena parte de sus versiones antes de editarlas. Es por lo tanto de riqueza incalculable su contribución espiritual al desarrollo de la cultura desde el Perú y desde México, en los albores de la actividad cultural americana, aún antes de la introducción de la imprenta en el Perú. Contribuyó Garcés al desarrollo de esa cultura naciente en los primeros grupos académicos. Imprimió en los estudios universitarios el aliento universal del Renacimiento, latente en esos clásicos significativos del grupo latino. Puso a españoles y americanos en contacto espiritual con la literatura más trascendente de Italia y Portugal y lo hizo con acierto que rivaliza tal vez en fama con los más conspicuos traductores del

13 Tauro, Alberto. *Esquividad y gloria de la Academia Antártica*, Lima, Ed. Huascarán, 1948.

mundo hispánico.

Llegado a la ancianidad, después de haber conocido la admiración y el respeto de amigos y colaboradores en sus múltiples actividades, lo impulsó a retornar a España el propósito de que su obra fuese reconocida y recompensada. Necesitaba además asegurar su futuro sin privaciones. Al efecto, inició en Lima sus gestiones para conseguir una renta vitalicia de la Corona, pero a la distancia los trámites eran engorrosos y lentos. Decidió por eso su viaje a España, el cual fue difícil por el riesgo de la navegación, en la cual perdió un cargamento de pertenencias y mercadería que esperaba vender en España. Mientras seguían los trámites de su solicitud y la evacuación de consabidos informes administrativos, alcanzó a editar en Madrid sus tres libros de traducciones clásicas en 1591, en cuyo empeño gastó sus escasos ahorros¹⁴.

Antes de concluir la última década del siglo XVI, terminó la laboriosa y descollante existencia de Henrique Garcés. Sus gestiones ante la Corte dieron fruto. Poco después de haber publicado en 1591 sus tres citados libros, el rey Felipe II, por real cédula fechada en El Escorial el 17 de julio de 1593, concedió a Garcés el privilegio de una renta sobre la producción de azogue en todo el reino del Perú, deducida del quinto real de la Corona, en mérito a sus investigaciones y a sus desvelos, y al buen éxito de sus trabajos en el incremento de producción de dicho mineral en el virreinato del Perú¹⁵. Gracias a esta renta pudo Garcés resarcirse de los costos de edición de sus libros impresos en 1591 y gastos de viaje, pérdida de equipaje y establecimiento personal en España y vivir holgadamente, durante los restantes años de su vida.

Hombre múltiple como lo fueron siempre los grandes renacentistas de la historia, Henrique Garcés puso en acción sus dotes de iniciativa, de ingenio, de cultivador de la poesía, de comerciante proveedor de papeles y tintas para la imprenta que ya se iniciaba en Lima. También fungió de descubridor de los más valiosos yacimientos de mercurio en Huancavelica, de importador de libros selectos de poesía y narrativa europea clásica.

- 14 Garcés llegó a escribir unas «Cartas instructivas sobre las minas de azogue de Huancavelica» contenidas en un manuscrito que, según Carlos Prince, se ha perdido. Véase *Bibliografía peruana de la Colonia*, Lima, 1910. También hay noticias de que imprimió unas *Cartas al Consejo de Indias*, sobre la riqueza de las minas de Huancavelica, según J. T. Medina, *La imprenta en Lima*, 2ª edición, Lima y Santiago, 1966, p. 432.
- 15 Esta real cédula, fechada en El Escorial, 17 de julio de 1593, aparece incluida en *La imprenta de Lima*, por J. T. Medina, 2ª edición, Lima y Santiago, 1966.